



RECUERDOS DE LA PLAZA ALMAGRO.

La Mano Sin Anillo

El Breve Amor de Carlos Pezoa Véliz

Por DANIEL DE LA VEGA

● JUNTO a los veinte años de Carlos Pezoa Véliz apareció vagamente la figura de una chiquilla que se llamaba Lorenza. En estas mismas páginas, yo escribí, hace cerca de dos años, que sólo se sabía que algunos tardes Carlos y Lorenza se sentaban en un banco de la Plaza Almagro, y hablaban de sus vidas y de sus sueños. Ella era hermana de un amigo de Carlos. Después, este riñó con ese amigo y no volvió a ver nunca más a Lorenza.

No había más datos. Pero este verano yo conversé con don Justiniano Primo Cavado, y me dijo que había leído algo que yo escribí sobre la juventud de Pezoa Véliz, y que él también tenía algunos detalles.

—¿Conoció usted a Pezoa Véliz? —le pregunté.

—Yo no la conocí. Pero una tía mía fue amiga de una niña que conoció a Pezoa, y creo que tuvieron un ingenuo romance.

—¿Y cómo se llamaba esa niña?

—Lorenza Martínez.

—¿Y yo puedo hablar con su tía?

—¿Quiere usted recogerle cosas de esa niña?

—Naturalmente.

—Usted puede hablar con mi tía, con la condición de que no diga que escribe en los diarios. Mi tía se asustaría.

Prometí todo lo que don Justiniano quiso, y fui presentado a la señora. Es una anciana de ochenta años, que habla del comienzo de este siglo como de una microvillita épica de dicha y de bondad. El desorden de sus recuerdos en espantosa. Para indicarme el sitio en donde vivió Lorenza, me mostró toda una foto de una bottega de frutos del país, en la cual el padre de don Justiniano perdió mucho dinero. Lo se. Aora creo que yo no me interesaré por los recuerdos de Lorenza, sino por los negocios de la bottega. Me costó mucho sacarlo de ese error.

Después me habló con vivo entusiasmo de un señor Bermúdez, que parece que a la señora le gustó mucho hace sesenta años. Con grandes esfuerzos logré hacerle saber que Bermúdez no me interesaba nada. La señora se entristeció mucho al conocer mi indiferencia por Bermúdez, y, algo impacientemente, me preguntó:

—¿Y, entonces, qué le interesa a usted?

—Yo quiero saber algo de Lorenza Martínez.

La señora, melancólicamente, se resignó a hablarme de su amigo. Apuntar detalles fue tarea fácil; lo fatigoso resultó ordenar cronológicamente ese montón de recuerdos, de frases y algunos detalles que después resultaron inútiles. Así supe que una tarde, en la plaza Almagro, en el banco de siempre, Carlos le dijo a Lorenza:

—Le he comprado un anillo.

—¿Un anillo?

—Muy poca cosa. Usted sabe que ya casi nunca tengo dinero. Pero reunió centavo por centavo, como pudo, para que usted tuviera ese pequeño anillo que le dije que en todo momento he pensado en usted.

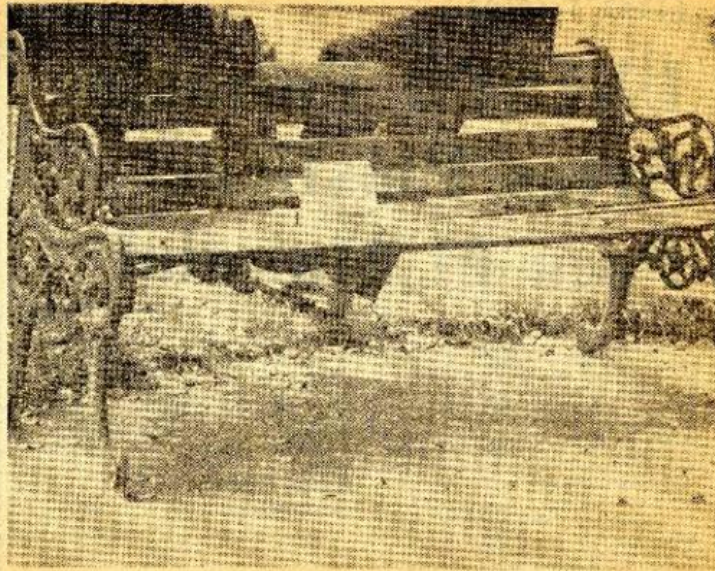
—Gracias, muchos gracias.

Ella estaba conmovida. El no había traído al anillo, porque lo tenía en su casa, y ahora venía del centro.

—Se lo daré mañana.

—Mañana.

Y se separaron mirándose a los ojos.



★ En este banco, en que hoy se relajan los estudiantes, pudo haber nacido el frustrado amor de Carlos Pezoa Véliz.

Esa noche, el hermano le dijo a Lorenza que él se había disgustado con Carlos, y que ella tenía que suspender definitivamente sus planes a la Plaza Almagro. Habló con el padre, luego ordenes terminantes y una especie más o menos tremenda.

Comenzaba el otoño, con unos días calientes, que para Lorenza eran más insupportables. Después de varios días de silencio, una amiga le llevó un papel que le envió Carlos. En ese papel le decía que no debían someterse a los demás, y que fuera en la tarde del día siguiente a la Plaza Almagro.

La amiga le dijo:

—Me contó que tenía muchos cosas que hablar contigo.

Lorenza vio que la vida se le transformaba. Soldría con el pretexto de ir a ver a una amiga enferma. Todo lo dejó arreglado. Pero al día siguiente amaneció lloviendo. Era la primera lluvia del otoño. En la mañana, mirando los llorosos cristales de su balcón, Lorenza tuvo esperanzas de que en la tarde dejase de llover. Pero el aguacero se mantuvo, insistente, y a veces arrebatado con violentos chaparrones. Y no sólo eso: llovó varios días. La calle Eyzaguirre se llenó de grandes charcos. Lorenza la miraba desde la ventana del comercio, y al anochecer eran casi funebres esos veranos solitarios, bajo la fina lluvia que caía en silencio.

Tres o cuatro días después, cuando cesó de llover, Lorenza fue a la Plaza Almagro. Sabía que no encontraría a Carlos, pero necesitaba volver allí. Lo había tanto tan desolado, que no parecía la misma plaza. Con la lluvia las hojas habían caído, y muchos árboles estaban desnudos y negros. La arena de los caminos era oscura, y había pequeñas pozas que daban una sensación de abandono. Vio el banco en donde todas las tardes se sentaban, y sobre el cual habían caído unas hojas amarillas y motadas.

—No se vieron más. Y así tenía que ser, —dice la señora—. Lorenza era una muchacha tímida y resignada. Ella sospechaba que la vida no era más que eso. La soledad de su alma y los charcos de la calle Eyzaguirre. Años y años corriendo al lado de su madre. Hacían ropa para un hazar de la calle San Diego. Después murió el padre, y las dos mujeres siguieron viviendo hasta muy tarde en las noches, para vivir estrechamente.

La señora prosigue:

—Una vez yo encontré unos versos de Pezoa Véliz en una revista, y se los mostré. Ella los leyó con mucha atención, y por todo comentario, murmuró: —Sí, sí es muy bueno. Oíste decir que él sabía sufrir y callar, que sabía que por la vida se va siempre solo, y que el amor está muy lejos. Mu-

rió su madre y ella continuó su trabajo interminable.

—¿Qué vive aún?

—No, no. Muerto. Muerto muy joven. Hasta mucho tiempo que su hermano se había ido a trabajar al norte, y no se sabía más de él. Entonces que la noticia de que Carlos había muerto, mucho tiempo después, me vino a la cabeza para llegar hasta su casa. Faltaba que la lluvia fue la gran amiga de Lorenza. La lluvia frustró la última cita con Carlos, y la lluvia, la noche de su agonia, cayó torrencialmente como para impedir que sus amigos llegaran juntos a la casa de la que moría. Y murió muy sosegadamente. Es indudable que no le importó mucho dejar este mundo que fue tan egoísta con ella. Lo único para ella no fue más que el trabajo y el silencio. Los charcos de la calle Eyzaguirre y el anillo que no alcanzó a recibir. Cuando yo le estaba contando esto a su casa, llamó a su hermano.

—Ya viene —le dije yo.

Ella murmuró:

—No alcanzará a llegar.

Después de un momento de silencio, preguntó:

—¿Lluve?

—Sí —le respondí.

Y ella replicó:

—No alcanzará a llegar.

Yo continué rezando. En el techo la lluvia producía un verdadero estruendo. Creí que se había dormido, pero cuando la miré vi que tenía los ojos abiertos. Ya había muerto.

Eso es todo lo que sé de Lorenza. Pero puedo decirle que sufrió mucho, calladita, sin querer confiarle a nadie el trabajo de su vida.

No dejó nada. Ni cartas ni retratos. A los veinte años tuvo esa pequeña ilusión de amor, pero al ver que la vida se la quitaba, guardó silencio hasta el último día.

La historia no puede ser más sencilla. Casi no es historia. Pero yo he querido recogerla, porque en lo único que quedo de esa muchacha que le sonreía a Carlos a los veinte años. En el diario de Pezoa Véliz sólo encontramos unas líneas en que habla de su mala suerte, y dice "hasta he perdido a Lorenza para siempre".

La señora ya me ha dicho que de ella no quedó ningún retrato, y yo le pregunté:

—Pero usted tendrá algún recuerdo, ¿Cómo era?

—Era trágica, los ojos grandes y las manos extraordinariamente finas y hermosas.

Eran, pues, extraordinariamente finas y hermosas esas manos que no recibieron nunca el anillo prometido.

La mano sin anillo [artículo] Daniel de la Vega.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vega, Daniel de la, 1892-1971

FECHA DE PUBLICACIÓN

1962

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La mano sin anillo [artículo] Daniel de la Vega.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile